

El retrovisor

1483

El 9 de agosto de 1483 se abrió la Capilla Sixtina en El Vaticano, uno de los tesoros artísticos más importantes de la humanidad. El Papa Sixto IV presidió la primera misa solemne en honor a la Asunción de la Virgen María. Debe su nombre a Sixto IV, quien ordenó su restauración sobre la antigua Capilla Magna medieval entre 1477 y 1480. Su imagen

icónica llegó décadas después de su inauguración. El Techo de Miguel Ángel (1508-1512) fue un encargo de Julio II dando vida a escenas del Génesis como La creación de Adán. Más de veinte años después, el propio Miguel Ángel regresó para pintar El Juicio Final (1536-1541) en la impresionante pared del altar bajo el mandato del Papa Pablo III.

¿Quién teme a la excelencia?



Álvaro Pelayo

La excelencia es esencial para el progreso de la sociedad. Las ideas de Einstein y su teoría de la relatividad tenían una originalidad extraordinaria. Las vacunas contra las enfermedades mortales son asimismo descubrimientos de inmenso valor para la sociedad. Grandes descubrimientos de la ciencia como la penicilina y las mejores obras de la literatura como El Quijote, son resultado de un pensamiento fuera de lo común, excelente, en su máxima expresión.

A nadie le gusta leer mala literatura o que su conexión a internet sea lenta. Todos queremos que nos opere el mejor médico, que nos proporcionen las mejores medicinas, y que nos recomienden los mejores libros. Nadie busca hoteles de calidad mediana, pero con precio comparativamente alto. Queremos que los servicios que recibimos sean excelentes.

Pero entonces, ¿por qué la excelencia se ve en ocasiones bajo un prisma negativo? En mi opinión un motivo podría ser que, estadísticamente, la mayoría de artículos que se producen y servicios que se ofrecen, no entran en esta categoría. Esto se debe, con frecuencia, a una responsabilidad compartida. Aunque todas las personas quieren consumir buenos productos y recibir magníficos servicios, no necesariamente quieren que ese estándar se aplique siempre a lo que ellos producen o hacen. El riesgo de quedar en evidencia entre jefes, amigos, compañeros y familiares aumenta. ¿Qué se puede hacer?

Pienso que hay dos opciones. La primera, contraproducente para el progreso, es evitar aspirar a la grandeza o sublimidad en nuestro día a día, de modo que podamos vivir tranquilamente, sin presiones para producir más o ser más competentes. Para ello es indispensable rodearse de personas que no sean brillantes o esplendorosas, porque si no hay altas probabilidades de quedar perjudicados en la comparación. Además, es primordial no valorar lo suficiente a aquellos que cumplen sus labores familiares, personales, laborales etc. de modo excelente, porque al infravalorarlos estamos des-

motivándolos, favoreciendo así que se vuelvan mediocres.

La segunda posibilidad, que favorece el progreso, es promover la excelencia rodeándonos de los más talentosos e intentando nosotros mismos cumplir altos estándares de calidad en lo que hacemos. Todo ello a favor del progreso colectivo, de nuestras empresas y universidades, países o globalmente.

Hay ocasiones donde el éxito ajeno genera sentimientos encontrados. Es contrainstintivo pero la naturaleza humana no es siempre lógica. En mi opinión una posibilidad es pensar en el éxito, el propio por supuesto, pero también el de nuestros compañeros, familiares etc. de modo amplio. De hecho, rara vez un gran éxito es solo fruto de una labor individual si no que con frecuencia involucra desarrollar ideas o proyectos con ayuda de otros, y además sobre cimien-

y del trabajo de multitud de figuras históricas y actuales.

El mundo es hoy lo que es gracias a los esfuerzos colectivos de las sociedades que lo forman y de su búsqueda por alcanzar la excelencia. Por supuesto, todos queremos que nuestros esfuerzos individuales sean reconocidos y apreciados por nuestros familiares, compañeros, la sociedad, nuestro gremio etc. Ojalá sea el caso. Desgraciadamente, existe una cantidad considerable de personas que hicieron grandes contribuciones, pero no recibió en vida ni los honores ni el agradecimiento que merecían. Muchos otros tampoco a título póstumo. Pero la electricidad, los aviones, el aire acondicionado, las vacunas, los tratamientos contra las enfermedades, internet, los ordenadores personales y teléfonos móviles, la inteligencia artificial, y un larguísimo etc. no existen gracias a contribuciones mediocres, sino a la

RAÚL



tos contruidos por las generaciones que nos han precedido.

Por ejemplo, la base de la inteligencia artificial se remonta a descubrimientos hechos años y décadas antes, en ciencia básica. Muchas personas, antes y ahora, son responsables de los impresionantes logros que estamos viendo en esta área: lo que hace un par de años parecía imposible, hoy es real. Incluso algunos expertos en matemáticas están escribiendo artículos científicos e indicando como el uso de la inteligencia artificial les ha sido de utilidad para ello. Y esto parecer ser, es solo el principio. El caso es que todo ello es fruto del esfuerzo

genialidad de muchas personas.

Los grandes esfuerzos de la humanidad por alcanzar la excelencia han sido esenciales para mejorar la calidad de vida de las personas, y que muchos tengan unas circunstancias más favorables que sus padres o abuelos. La excelencia no es solo algo a esperar de los demás, es una responsabilidad compartida de las sociedades. Aspirar a la excelencia es el motor del progreso.

Álvaro Pelayo. Académico de la Real Academia de Ciencias de España y Catedrático en la facultad de Matemáticas de la Universidad Complutense

Insensateces

Los papás



María José Navarro

Todo lo que nos pasa en la vida tiene que ver con nuestros padres. Yo pensaba antes que, sin mi padre, podría haber sobrevivido a todo con mi madre. Creía que todas las dificultades podrían hacerse chicas al lado de mi mamá. Y me di cuenta de que no. Mi padre, que fue un padre imperfecto, mejorable y claramente incompleto en su función, me dejó una huella que no entendí hasta pasados unos años de su muerte. Mi padre encontró una conexión, solo una, conmigo. Y se llama fútbol. Ahora que se ha muerto el padre de Messi, entiendo que su Mundial fue otra cosa diferente. Que cuando moraba mirando a la grada, no pensaba únicamente en la afición, sino en el padre que no pudo acompañarle en su despedida con Argentina en una Copa del Mundo. Jorge Messi luchó contra lo que parecía imposible. Le consiguió un tratamiento hormonal para crecer, dejó elegir a su hijo sobre si quedarse o no en Barcelona, y permaneció junto a él. Es verdad que Leo no tuvo un detalle bonito cuando trató de hacer trampas en la final chivándose sobre un comentario de Cucurella al árbitro que no era tal, es cierto. Pero solo ese día, ese, cuando su padre no podía estar en la grada, Messi falló a su propia esencia. Dicen unos cuantos que hay que quitarle el Princesa de Asturias de los Deportes por eso. Y Leo nos calló la boca a todos. Donó 80.000 euros para la reconstrucción de la Sierra Oeste de Madrid afectada por los incendios. Una zona que ni conoce. Con la que nunca ha tenido relación. Y lo hizo. La educación de los padres siempre sale, siempre. Y a él se le estaba muriendo su padre.

Ahora que Rodri ha dicho que no al Madrid, yo pienso en su padre. No porque se negara a la oferta del club blanco, sino por la manera en la que ha buscado para renunciar a la propuesta. Sin especular. Directo. De frente. Agradezco las formas pero tengo otra opción. Se acabaron las especulaciones y todo es gracias a Rodri. También noto a un padre detrás. El mismo que le dice que, hasta para los noes, hay que tener clase.